

# HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

## CENTRIFUGADO

Encendió lo que sería su bien más caro ypreciado, el equipo de música, y se encaminó a recostarse en la cama deshecha y vieja con el cigarrillo en mano. Llevó la mirada al techo y se encontró con el póster de su banda favorita.

Tenía 19 años y vivía con sus padres. Desde los 15 que había heredado aquella habitación cuando su hermano mayor se casó y se fue con la chica más guapa de todo Tammerlane (o por lo menos eso se comentaba). El muchacho vivía la paz de lo que parecía una vacación eterna como nunca en su vida: había terminado la secundaria hacía dos años, cada tanto conseguía trabajos temporales que calmen su hambre de música y gustos, y finalmente todo era diversión en la que se destacaban las mujeres y el beber. Para completar el asunto, sus padres aún toleraban ciertas cosas, y tenía la libertad de fumar en la casa como de beber algunas cervezas cuando estuviera de visita algún amigo.

Esa noche pasó Horacio.

La música sonaba perfecta en los parlantes, y Hernán seguía el ritmo con los dos dedos que sostenían el cigarrillo.

- Escuchaste esto? – le preguntó a Horacio, extasiado.

- Sí, es muy bueno... - le respondió el amigo, tirado al otro lado, en el roto sillón frente a la cama, a unos metros de aquel detestable televisor blanco y negro.

- No escuchaste lo que dije.

- Sí que escuché. Y escucho la música. Que esté mirando la televisión, no significa que esté en otro universo.

- Sí que estás en otro universo, mierda! Mirate ahí: estás hablándome pero tenés los ojos metidos en la pantalla. Parecés un maldito sonámbulo.

Horacio asintió con la cabeza y un sonido. Seguía anclado en aquel decadente aunque millonario programa de Preguntas & Respuestas.

Hernán se volvió a acomodar, y volvió su vista al techo.

- Esa cosa sí que come la cabeza. A todos nos come la cabeza. Desde que la puta tecnología se instaló en la sociedad, alrededor del 1900, que dejamos de ser humanos. Del año cero hasta el 1899, el ser humano evolucionó en edificación, vestimenta y alimentación. Al año siguiente empezó

a ser esclavo de las máquinas. Las cosas fueron demasiado rápidas en estos cien años. Hasta hay celulares con televisión; eso era tema de la ciencia ficción. Qué queda?... Que para dentro de 100 años en vez de ir al cine, van a inventar una inyección directa a la sien y que con ese líquido se van activar imágenes en el cerebro logrando la película? Eso queda?... Y vamos a ser zombies, malditos zombies que no vamos a saber ni quiénes somos.

Horacio pestañeó y finalmente se volteó a su amigo.

- Gracias a esa tecnología que te quejás, estás escuchando tu música favorita.

Y regresó a la pantalla a jugar con los participantes.

- A lo que voy es el lavado de cabeza. La música no lava la cabeza, no quita ni saca valores. Viste alguna vez a alguien adaptarse a la música que escucha?

Un silencio en obvia respuesta.

- Pero estas cosas como internet, televisión y celulares con millones de cosas, sí que crean una necesidad de comunicación incierta. Si no existiese el celular, no le mandarías diez palomas mensajeras a un amigo. Hoy los celulares, tele y internet crean un lenguaje frío, robótico. Con el tiempo eso se degenera a que las cosas no sean dichas de frente, que la gente no se abraza. Nos saludamos por textos, de máquina a máquina, con miedo a encontrarnos frente a los ojos del otro... En cien años, nuestros hijos y nietos van a ser seres vacíos, pálidos, fríos...

- Se van a parecer a los extraterrestres grises. – añadió Horacio, justo en el momento en que acertaba a la par del concursante número dos.

- Ahí está! Tenés razón! El ser humano va a avanzar tanto que se va a convertir en lo mismo que sembró a Tammerlane, si “esa” la teoría no estaba equivocada... Pero, hay que ver. El hombre es tan destructivo que va a hacer mierda todo antes de lo pensado. En definitiva: o nos volvemos extraterrestres o el Pueblo atomiza.

Hernán estaba orgulloso: había dado la teoría de su vida, a tan corta edad, y había repasado toda la historia tal como si lo hiciera un historiador profesional. Así que se puso de pie y se quedó derecho en el centro de la habitación.

Miró a un lado y otro: un escritorio lleno de papeles, ceniceros llenos, algunas ropas por lavar, a un lado un modular lleno de adornos relacionados con el universo de la historieta, la música y el cine. Y en el centro del modular, su equipo de música y discos compactos.

- Tendré un sillón roto, una televisión vieja, las bolas de pelusa por el piso, las colillas, las paredes con humedad, la persiana rota y la cortina llena de mugre, dos banquetas a punto de retirarse, montañas de ropa y libros en el piso, y hasta un amigo zombificado, y me mantengo con la cabeza limpia. No seré el mejor ejemplo, pero sobrevivo en este lugar de cinta transportadora al matadero.

Sentía que tenía la razón de todo el Universo. Andaba tan confiado por la vida, que se olvidaba de contar el tiempo, y que las responsabilidades a veces cambian. Estaba en completa armonía con sus teorías y no tenía la necesidad de hundirse en los engranajes de la sociedad para comprar y consumir cosas innecesarias, sacrificando toda su historia en una eternidad de trabajo sucio y rutinario.

- No necesito de ese modernismo. Sólo lo básico: la música y el equipo de música. Lo otro puede faltar.

- Y cómo vas a comer? – le preguntó Horacio, tras perder con la pregunta del millón de Tammerlinos.

- La comida es lo de menos. Eso voy a zafarlo de mis viejos.

Y el teléfono del comedor sonó.

- Es Yanina! – y corrió a atender.

Tras saludarla con un beso, le contó la teoría de la evolución a la nada, y los planes de vida para su futuro.

Yanina estudiaba psicología desde hacía tres años, trabajaba en un supermercado, y ahorra lo suficiente como para comprar una casa. Su vida se basaba en el sacrificio de darse un lugar digno donde vivir, junto a una carrera digna para su existencia.

- Sabés una cosa, Hernán?

- Sí, decime a ver que pensás de todo esto.

- No quiero verte nunca más en la vida. Quiero que desaparezcas de Tammerlane, no volverte a cruzar y que ni se te ocurra llamarme o venir a mi casa. Soy capaz de hacerte la denuncia. Decile a otra tarada esas excusas de vagancia!

- Pero...

- Tiempo en el aire! Chau!

Y la chica colgó.

Hernán se puso de pie, con el tubo en la mano y dio media vuelta. Necesitaba toda la ayuda y los consejos de su querido Horacio. Estaba destrozado: su novia lo había abandonado en un instante frenético.

Repentinamente, por el pasillo surgió el padre, veloz y seguro, y se detuvo ante él.

- Qué carajo es esto?! – le preguntó, sabiendo la respuesta. En la palma de su mano, reposaba una tuca de cigarrillo de marihuana.

- Un escarbadientes chiquito? – dijo perdido, alucinado.

- Te dejé fumar cigarrillos, tomar cerveza, y ahora me aparecés con droga?!

Y le cruzó la cara de una buena cachetada.

- Salí ya mismo de la casa con todas tus mierdas, o llamo a la policía para que te rompan el culo en la cárcel!

- Es mi culpa?... Decime, Horacio: fui yo o fueron ellos? Porque a mí me parece que fueron ellos, consumidos por este Sistema que no se apoya entre sí. – explicó Hernán, reposando sobre su modular, sentado en el piso.

Acababan de terminar de transportar las pertenencias del joven “teólogo” a la habitación desocupada de la casa que Horacio mantenía con sus trabajos de electricidad, plomería y albañilería.

El joven de 23 años sacó un cigarrillo de su atado nuevo, y el nuevo huésped pidió uno.

- Te aviso algo, Hernán: te cubro con lo que te pasó en tu casa. Pero te doy dos meses. Si querés comer, fumar, usar la luz y el teléfono, conseguite un trabajo.

Dos semanas después, Hernán almorzaba un sándwich de milanesa con un vaso de gaseosa, en un mediocre bar céntrico.

Su saco, el que alguna vez había pertenecido a su padre hasta desgastarlo, ahora reposaba en el respaldo de la silla. El muchacho vestía una camisa blanca y una corbata que habían servido para una vieja fiesta. Estaba afeitado, con el pelo corto y un poco más delgado.

Mientras masticaba aquella bola de grasa cubierta de aceite, pan rallado y pan, y todo eso parecía un manjar, repasaba el recorrido de entrega de currículums.

Le quedaban dos lugares más: un edificio que tomaba empleados para limpieza, o el local de la famosa cadena de hamburguesas Macmmerlane. Para el primero tenía veinte minutos hasta que las entrevistas se acabasen; para el segundo, los currículums podían llegar hasta la madrugada siguiente.

Obviamente que optó por el segundo: no le gustaba la idea de romperse el cuero de la espalda fregando pisos y aspirando líquidos tóxicos sabor a pino. De última no importaba que Macmmerlane ofreciera menos sueldo: el trabajo era más flexible, estúpido, pagaban los almuerzos y cenas, estaría rodeado de gente de su edad.

Fue así que terminó de tragar, pagó la cuenta y se encaminó a por unas hamburguesas.

Al día siguiente fue debidamente notificado para que se presente en Casa Central. De esa forma, Hernán se volvió a vestir bien, se quejó por última vez en su historia, y se encaminó a la entrevista.

Cuando llegó a la gigantesca planta, se encaminó por uno de aquellos pálidos pasillos, y se puso detrás de un escritorio a vender sus necesidades.

- Necesito trabajar, plata, existir. Vivo en la casa de mi amigo, y hoy se vence el plazo: si no trabajo, quedo en la calle.

Rato después, Hernán se perdió en un salón donde se dictaba el entrenamiento de atención al cliente y las prioridades de la empresa.

- Sabés que después de todo no parece tan malo este trabajo?... El sueldo es interesante. Cuanto más trabajás, más horas te dan. Y cuanto más horas te dan, más responsabilidades y más plata. Finalmente podés terminar ascendiendo hasta llegar a gerente y mantenerte una buena casa y hasta una familia.

- Me llama la atención escuchar eso de vos. Como amigo, siempre traté de explicarte todo eso, y veo que ahora valorás el trabajo. De qué servía quejarse de la tecnología, el Sistema y todo eso?... Al ser humano le encanta estar cómodo.

Estaban sentados frente a frente, en la mesa de la cocina. Estaban desayunando y cada uno preparándose para asistir a sus puestos laborales. Ya iban por los cinco meses de convivencia.

- Tenés razón. Aunque sigue siendo extraño. Como una especie de sodomía: sufrir para conseguir el placer.

- Terminala, eh! – dijo Horacio algo molesto. – No quiero que vuelvas a empezar. Acordate la frase “El que quiere que le cueste”. Venías bien. Trabajás, novia nueva y estás relajado. Sino, te doy dos semanas otra vez.

- No, no. Eso no.

Un año después, Hernán estaba sacando sus muebles de la casa de Horacio, los mismos que había comprado con su trabajo, y por los que pudo desechar los rotos del pasado. En el cordón de la vereda lo esperaba un

camión de mudanza que lo llevaría directo al hogar que había alquilado con su novia. Minutos después, los amigos se despedían.

Tres años después, Hernán y Graciela se casaron y se mudaron a una casa que habían podido comprar con sus sueldos.

Dos años después, la casa llena de electrodomésticos, tecnología, seguridad, y comodidad, se agrandó con la llegada de gemelos.

Veintidós años después de aquello, los gemelos de Hernán, se casaron con un par de gemelas del barrio.

Diez años después, Hernán sufría un pre-infarto en su puesto de Gerente de la sucursal 43 de Macmmerlane, y lo jubilaron de forma automática.

Una de esas noches, se sentó en el sillón de su casa, con la hermosa televisión encendida y con su amigo a su lado. Estaban mirando aquel programa de Preguntas & Respuestas.

- Te diste cuenta de algo? Se pasó la puta vida. – dijo el viejo Hernán.

- Ni que lo digas. – reconoció el viejo Horacio.

- La disfrutaste?... Me refiero a que si era lo que esperabas, o al final nos comieron la cabeza? Somos zombies de la comunicación?

En el medio de las historias de sus vidas, había pasado una vida y toda su correspondiente tecnología. Y como era de esperarse, Tammerlane apostó a la comunicación, los medios y la publicidad. Todo era consumo, consumo y maldito consumo.

- Hace bastante que no sacabas estos temas.

- Estaba ocupado trabajando, comprando, llenándome la casa de mierda... - y se detuvo. Su voz sonaba anudada, angustiada.

- Estás bien? – le preguntó Horacio, un poco preocupado. – Te traigo un vaso de agua?

- No es para tanto, viejo! Estoy pensando. No me va a dar ningún infarto. Toleré cosas mayores: luché hasta esta edad para quedarme como Gerente. Nunca nadie fue tan viejo en Macmmerlane... De última, entré y les gané. Les cambié las teorías. No son sólo nenes robots... Aunque, soy un viejo robot?

- Callate.

- Sabés una cosa: esta televisión de plasma 3D, ese gigantesco equipo de música que está conectado a toda la casa, esas pantallas en el baño, esa colección de cortos en holografías, esa vinoteca, esa familia abriendo el pico como buitres... todo eso se sació con ese trabajo basura. Nunca tuve tiempo de ponerme a pensar en lo que realmente quería.

Recordó años atrás, cuando tuvo aquella discusión con su gemelo 2, el cual le declaraba la guerra tras verlo como un padre frío, cómodo, callado, y que para lo único que servía era para alimentarlo.

- Mejor voy a buscar agua... o voy a baño, no sé. No quiero historias de nuevo. Estábamos en paz!

- Ni se te ocurra levantarte, Horacio. Tengo una última teoría. Y si te molesta es porque en el fondo te duele: Nos comieron la cabeza creando necesidades, nos crearon tantas necesidades, que nos hicieron mecánicos para trabajar y consumir, y crear hijos y no transmitirles ideales, salvo los de consumo.

- Fijate en donde estás sentado. Este es el mejor sillón de todo Tammerlane, Hernán. Y tu culo se echa una siesta gracias a haberse roto trabajando. Aparte no tengo miedo de nada. Al contrario: yo supe desde el

principio de mi vida que quería ser plomero, electricista... Tus hijos lo mismo. Yanina lo mismo. Tu esposa lo mismo. Pero, vos?

Horacio regresó la mirada al televisor. Estaba todo dicho.

Hernán no le había ganado al Sistema siendo el Gerente más viejo o llenando su vida de comodidades y armonía monetaria, sino que se había distraído por un segundo consumiendo, y cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde para encontrarle un sentido a su historia.

Supo que jamás quiso ser Gerente de Macmmerlane, pero nunca supo qué otra cosa le gustaba.

Realmente el infeliz muchacho, aquel teólogo, se había dado cuenta que lo habían atrapado, comprado y empaquetado, estando con la guardia baja. De esa forma se sumó como tantos otros, a realizar aquellos trabajos mecánicos en empresas de cadenas alimenticias, agencias de promociones, o venta callejera.

Tan sólo hizo lo que muchos hacen en Tammerlane: andar por la vida sin un sentido más que el de quejarse, y para terminar por saciarse de lo único que iba a tener lugar cualquier simple humano: generar dinero para gastarlo. Y se pasó una vida comprando trozos virtuales de sí mismo.

En este caso, su rebeldía no fue más que un acto de miedo e inseguridad, y se durmió como tantos en el confort del “no hay salida”.

FIN